



SER CUERPO ENCARNACION Y (SENTIDO DE) EXISTENCIA

Víctor Manuel Alvarado García¹

RESUMEN

En este escrito se cuestiona el lugar de la corporalidad en el mundo actual y su importancia en la creación del sentido de existencia. Se parte de la necesidad de concebir la corporalidad como una elaboración histórica y también como elemento constitutivo de la experiencia de vivir. El planteamiento lleva a considerar la significación social de esta cuestión, en que se mezclan imperativos del mundo contemporáneo con una experiencia de intimidad urgente y exhibicionista propia del tiempo presente.

Palabras clave: existencia, experiencia, intimidad, sentido, significación.

ABSTRACT

In this writing the place of the corporeal condition questions in the current world and his importance in the creation of the sense of existence. It's splits of the need to conceive the corporeal as a historical elaboration and also as constitutive element of the experience of living. The approach leads to considering the social significance of this question, in which there are mixed imperatives of the contemporary world by an experience of urgent intimacy and proper exhibitionist of the present time.

Key Words: existence, experience, private life, heartfelt, meaning

¹ Profesor asignatura del área de Psicología Social Teórica Aplicada de la Facultad de Estudios Superiores Iztacala, UNAM; E-mail: vag10@hotmail.com

1. Una delimitación inicial

Una de las interrogantes que, a mi entender, nunca tendrán esclarecimiento definitivo para el entendimiento humano, es el *lugar* que tiene la corporalidad en la configuración de la vida y su sentido. Si somos originalmente cuerpo y nuestro ser deviene social siempre, es decir, implicado en su continua constitución con un mundo de entramados relationales de fuerte contenido simbólico que nos hace significar la existencia, podríamos aceptar que el cuerpo es plena socialidad colmada de significación; lugar, mediación indiscutible y productor sin igual, de significaciones. Pura elaboración dialógica.

Sin embargo, quedarse en ese terreno de generalidad, si bien permite aproximarse a la comprensión de la experiencia de vida y el lugar de la corporalidad en ella, no posibilita sin más el entendimiento de las experiencias concretas relacionadas con todo ello; tan sólo abre líneas de acercamiento.

Entendiendo a la existencia como experiencia histórica, en lo individual y lo colectivo, resulta necesario acercarse constantemente a los contenidos específicos que en cada momento adquiere respecto de la elaboración de la existencia y, en la cuestión que nos ocupa, con relación a nuestra condición corpórea inevitablemente. Sin embargo, es una tarea compleja –aunque fundamental– aprehender los alcances significativos de algo que está siendo y, habrá que reconocerlo, siempre será un esfuerzo inacabado e insuficiente, entre otras cosas porque en buena medida mucho de lo que algo *llega a ser* en cuanto a su significación social está vinculado a sus *desenlaces*.

El mundo contemporáneo nos hace presenciar a cada momento, diferentes *giros* en las condiciones en que se asume cotidianamente la existencia y la manera en que ello adquiere vida en las relaciones específicas que tienen lugar en los entornos inmediatos de las personas (Sibila, 2008, p. 10-11) Diversas transformaciones están teniendo lugar en la configuración de las relaciones cotidianas, y muchos de estos cambios están enlazados con las innovaciones tecnológicas que no cesan. Pero también es posible considerar que muchas de las

variaciones sociales que van teniendo lugar se suceden en estrecha asociación con la consolidación de nuevas formas de relación social con los otros y con uno mismo, que por supuesto se funden con cambios en las formas y contenidos de la subjetivación de la existencia.

Uno de los sitios en que las mudanzas existenciales ha decantado con vivencias peculiares es en la dimensión corporal. Si bien es posible considerar que el cuerpo históricamente ha sido lugar de consolidación y expresión de la vida social (personal y colectiva) también es cierto que, como cuestión histórica, en cada momento ha adquirido rasgos característicos que contienen específicos sentidos de existencia.

La actualidad reinante pone ante nuestros ojos diferentes rasgos en las maneras de consolidar la experiencia de vida y, con ello, deja ver un tránsito hacia diversas formas de existencia que acaso aún no sabemos bien a bien a qué tipo de realidad y convivencia nos llevan. Paula Sibilia (2008) nos sugiere que, a diferencia del tiempo en que Nietzsche reivindicaba la voluntad de ser y el poder *de ser lo que se es*,

En una atmósfera como la contemporánea, que estimula la hipertrofia del yo hasta el paroxismo, que enaltece y premia el deseo de ‘ser distinto’ y ‘querer siempre más’, son otros los desvaríos que nos hechizan. Otros son nuestros pesares porque también son otros nuestros deleites, otras las presiones que se descargan cotidianamente sobre nuestros cuerpos, y otras las potencias –e impotencias– que cultivamos.

De diversos modos, este paroxismo nos ha llevado a una condición social en que la intimidad se ha vuelto un *show*; formas de exhibición social, principalmente en las opciones que brinda la web, en que la exposición de nuestra intimidad parece jugar un papel fundamental en la consolidación del sentido de la existencia.

El tiempo presente también nos ha hecho tener la percepción de que al fin y al cabo todo es controlable, manejable. Que técnicamente no tiene por qué haber límites para el manejo de la existencia y que pueden estar a nuestro alcance los medios necesarios para nuestra propia transformación. Los tiempos que corren nos muestran en particular que los *alcances* de la humanidad en lo tocante al

manejo corporal son sorprendentes e inéditos, como en muchas otras áreas. Las posibilidades concretas de incidir en la condición corporal se incrementan incuestionablemente y, poco a poco, se extiende en la población la percepción de lo corporal como un terreno *manejable*, así como –aunque esto más lentamente– el acceso efectivo a esta posibilidad. Es posible considerar que el cuerpo es otro escenario de consolidación y exhibición de la intimidad que nos constituye y da contenido al sentido de la existencia, de *nuestra* existencia.²

La vuelta al cuerpo como territorio en el que se hace patente un modo de vivir, los fundamentos del existir *así*, es cada vez más clara. Incidir en el propio cuerpo, encarnar los modos de ser y estar, parecen hoy prioridades de la vida, y esta encarnación de la existencia va desde tatuarse hasta modificar partes del cuerpo, pasando por la compulsiva obsesión de ‘ponerse en forma’. ¿Qué puede significar la vuelta de mirada al cuerpo en el presente y lo por venir situados en la comprensión del sentido de la vida? Aproximarse a una posible respuesta a esta cuestión requiere adentrarse en distintos niveles en que la vida va siendo. En los apartados siguientes abordaré esta cuestión.

2. HACIA UNA ELABORACION POSIBLE DE SIGNIFICACIÓN SOCIAL

Nos dice Mercedes Garzón (2002, p. 58-59) “Si el cuerpo, como el inconsciente, habla, debemos amarlo y escucharlo”; atender su expresividad. Sin embargo, esa tarea resulta compleja cuando venimos de una historia de minimización de lo corporal, entendido tradicionalmente, las más de las veces, como un lugar de escenificación de la vida, pero no la vida misma. Es posible considerar que esa *tradición* hoy toma formas sumamente narcisistas, cuando la época actual nos introduce en la búsqueda de la conquista del cuerpo como

² Paula Sibilia (2008, p. 31) nos sugiere que “Tanto la exhibición de la intimidad como la espectacularización de la personalidad, esos dos fenómenos que hoy proliferan como los dos lados de una misma moneda, denotan cierto desplazamiento de los ejes alrededor de los cuales se construían las subjetividades modernas. Se nota un abandono de aquel locus interior hacia una gradual exteriorización del yo.” No obstante eso, es discutible si la exteriorización sea sencillamente un traslado del locus o supone una transformación de la ‘vida interior’;

expresión de la urgencia de individualidad como fenómeno extendido. La misma Mercedes Garzón (2002, p. 58-59) plantea que hoy “La psicologización del cuerpo implica la conquista de la subjetividad del cuerpo por medio de las técnicas contemporáneas de expresión, de concentración y relajación (aeróbics, jogging, bioenergética...)”. El interés febril contemporáneo por el cuerpo no es espontáneo ni libre, nos dice, más bien responde “a imperativos sociales como la forma, la línea, el orgasmo...”. El cuerpo hoy tiene que normalizarse como signo de autenticidad y preocupación de sí, de cuidado de sí, de expresividad del sí. Parece una trampa. Preocupados por el cuerpo como lugar de expresión por excelencia del sí, de lo que tengo de ser y lo que se tiene que ser, además de constituirse como una forma, como un territorio potencial de desvinculación social, es una manera de control social. En efecto, al parecer esta vuelta de mirada al cuerpo y su importancia para la consolidación de una originalidad individual, que puede presentarse como el *cultivo* del sí emanado de la sensata y libre elección del ser autónomo, resulta ser un elemento del mercadeo de la singularidad y un especie de abandono de otras cuestiones de trascendencia social. Parece convertirse en una especie de mecanismo de aislamiento, el santuario de un ser ensimismado, despreocupado del mundo de lo común.

De esta manera, es necesario acercarnos en la dimensión que trasciende la pura individualidad de las personas, a intentar comprender, inicialmente problematizándolo, el significado de la vuelta al cuerpo como fenómeno colectivo y epocal.

Mercedes Garzón nos lleva a considerar que insertada en las ‘lógicas’ actuales de manejo político-social del mundo, donde se priorizan las elaboraciones técnicas, los controles y el mercadeo de todo aquello que tenga que ver con la resolución cotidiana de la existencia, este nuevo *status* que ocupa la corporalidad en la constitución de las personas y su singularidad tiene tintes claros de control

social, con cierta independencia de lo que las mismas personas consideren en su intimidad al respecto.³

En este terreno la dimensión del mercadeo, donde se tiene la intención de volver mercancía todo, lo corporal ha adquirido un lugar muy importante, que ya nos indica potencialmente una preocupación importante de la personas por la corporalidad que les instaura.

Zygmunt Bauman (2005) centra este asunto de manera muy precisa. Para él, la incorporación actual de las cosas del cuerpo en el mundo del consumo, en la lógica del mercadeo, requiere estar alerta en sus implicaciones pues, por una parte, la posibilidad –así sea ilusoria– de que hoy más que nunca se tiene la posibilidad de incidir en el manejo del cuerpo propio (y ajeno por supuesto) viene entreverada con la idea de que tal posibilidad, al llevarla a cabo, es una manifestación de mayor libertad y autenticidad. Giddens (1996)⁴ digamos de paso, sugiere algo semejante en el terreno de la sexualidad, en especial para la mujer, pues para ella –plantea– hacer sexualmente con su cuerpo lo que le parezca, emerge como una señal de emancipación posible del lugar que tradicionalmente se le ha asignado y que toma forma particular en el ejercicio de la sexualidad.

Pero vale la pena cuestionarse si en efecto, cuando podemos incidir activamente en nuestro cuerpo, transformándolo a gusto nuestro, lo que ahí se expresa es la consolidación de una mayor libertad y es un paso al establecimiento de la autenticidad como posibilidad generalizada. Bauman lo pone en duda, apelando a los poderes del mercado para propiciar ilusiones contenidas en el

³ La misma Mercedes Garzón nos dice que hoy: "...la vida cotidiana, el modo de vida, la sexualidad, hasta hace poco encerradas en costumbres tradicionales y disciplinas autoritarias, reclaman ahora al individuo 'liberado', hedonista, auténtico y espontáneo. Sin duda esta operación lleva a una atomización de lo social; sin embargo, socialización y dessocialización se identifican. Al final del desierto social se levanta el individuo soberano, libre, prudente administrador de su vida... Al volante, cada uno se abrocha su propio cinturón de seguridad.

Como fase de la socialización, este proceso de personalización es un 'nuevo' tipo de control social, aparentemente liberado de los procesos de masificación-reificación-represión (Garzón, 2002, p. 56-57)

⁴ Señala el autor respecto de los cambios sociales en marcha desde finales del siglo pasado "La sexualidad sirve como metáfora de estos cambios y es el foco de su expresión, particularmente en lo que concierne al proyecto reflexivo del ego", (p 164).

consumo. Al respecto, asocia interrogativamente esta preocupación por el consumo dirigido a *mejoras corporales* a un proceso de subjetivación social en el que se nos ha inculcado el deber inquebrantable e inalienable por el control de nuestro cuerpo, no nada más como una necesidad individual sino también como un deber social.

Si duda, entre todo ello, emerge con fuerza una actividad importante en los tiempos que corren dirigida a la incidencia corporal y esto viene aparejado con dos procesos característicos de esta época. Uno tiene que ver con la instalación en la subjetividad de que el cambio constante no es sólo imparable, sino que es deseable. Otro se vincula con la necesidad de aprender a vivir en la inseguridad y en la inconformidad ante el cambio y también ante lo establecido. Acaso dentro de todo esto, las acciones sobre el cuerpo al mismo tiempo que devienen control social muestran mutaciones importantes en la relación de la persona consigo misma, que encuentran una expresividad fundamental en la transformación corporal, mezcla de inseguridad identitaria y de búsqueda de autenticidad íntima. Y todo ello como proceso que trasciende las individualidades y nos enfrenta a una nueva condición del cuerpo en la creación del sentido de la existencia.

Y el cuerpo, y la preocupación por él, dejan ver un cierto nivel de ansiedad ante la urgencia de llegar a ser lo que se tiene que ser. Por supuesto, el mercado no pierde oportunidad de transformar las condiciones de existencia en fuente de ganancia, convertir el avance en la materia en mercancías deseables. Así, experiencia íntimas y requerimientos sociales que se expresan en la relación social en, por y para el cuerpo, hoy se transforman en consumo constante. Bauman nos sugiere considerarlo así:

Al pasar el realce de las sensaciones corporales –la placidez, los placeres y los gozos fisiológicos– a ocupar el lugar central de la política de la vida como finalidad última de ésta, el cuerpo alcanza una posición única que no tiene parangón con ninguno de los roles asignados a ninguna otra entidad del Lebenswelt (2005, p. 123)

Podemos considerar entonces, que el cuerpo sigue siendo una entidad altamente regulada que se busca sea normalizado; pensemos como en nuestro

país, que no es ninguna excepción mundial; se norma el tamaño de la cintura según se sea hombre o mujer, la cantidad de grasa que ha de tener, la cantidad de líquido que se ha de consumir, el ritmo de actividad física mínima a la que se ha de someter. Sin embargo, el traslado de esa responsabilidad al individuo en su cotidianidad, como parte de las políticas del Estado contemporáneo, y el arraigo de la idea del derecho a ser lo que uno quiera, hacen una mezcla que trasciende la pura interpretación del control social y nos adentra en la elaboración subjetiva de la entidad corporal. Hoy en la subjetividad social se percibe el control sobre el cuerpo no sólo como control social, acaso también y principalmente se entiende como potencial acto de libertad y de expresión de autenticidad ¿a dónde nos llevará esto?

No obstante todo lo que se ha dicho hasta aquí, queda sin abordar otra cuestión fundamental en el entendimiento de lo que es la corporalidad en la constitución de la experiencia de la vida, en la percepción de la existencia. Me refiero a la experiencia propia de la existencia desde el cuerpo mismo, su vínculo con los entendimientos, las emociones y las creaciones de sentido que hacen que la vida propia valga o no la pena vivirla de cierta manera.

2. El cuerpo como constitución y expresión de intimidad

Pero el cuerpo habla y se expresa en efecto; ¿cómo saber de esas expresiones y lenguajes?, ¿cómo saber de tal manera que ello nos desate de las psicologizaciones y a la vez nos desprenda de las sutiles y terriblemente eficaces técnicas de control social contemporáneas?

Ser cuerpo, no poseer un cuerpo, no vivir con un cuerpo, resulta ser una tarea que hoy por hoy interpela muchas de las certezas que el mundo occidental en sus versiones religiosas y científicas nos han impuesto (de suponer que entre estos ámbitos hay diferencias fundamentales, cuestión que hoy puede ser muy discutible).

¿Será que el amor y el odio son de una subjetividad tan material que están en el cuerpo, que de ahí son pues el cuerpo más que materialidad es significación encarnada? El sentido de existencia no es posible sin encarnación y nunca puede

reducirse a experiencias colectivas, por importantes e intensas que éstas se nos aparezcan.

Dotar de trascendencia a la vida, a nuestra vida en específico, es –para mí– sin duda un proceso pleno de creatividad y fundamentado en la dialogía; una elaboración histórica que sucede en el encuentro con los demás. El sentido hay que crearlo a partir de las relaciones que establecemos con el mundo de la vida, en especial con aquellos otros que habitan ese mundo significativamente; pero además no es algo que se produzca de una vez y para siempre. El sentido de la existencia es algo que siempre está sucediéndose. Muchos de los referentes fundamentales de la –mí– experiencia de la vida son de base plenamente corporal, de significación corporal. Aquí, allí, alto, bajo, suave, duro, agradable, aromático, apetoso, son elementos de experiencia fundamentados en un cuerpo que anudado a ‘herramientas’ socio-culturales van haciendo posible mi colocación en el mundo y una experiencia de lo que ‘siento’ ante ese mundo.

Si aceptamos que el cuerpo es constitutivo del ser así que configuramos, pero además que el cuerpo dice cosas, es expresión de una experiencia, resulta trascendental para la elaboración siempre en marcha del sentido de la existencia ‘saber’ de la experiencia en su dimensión corporal, pero ¿en este mundo que se vive estamos preparados para esa *tarea*?

Al principio de este apartado señalé que el cuerpo habla y ello sucede porque es significación encarnada que se manifiesta, se expresa. No obstante, eso no indica que la expresión corporal de lo que resulta ser la experiencia que se vive tenga un lenguaje accesible a las formas comunes de expresión –apalabradadas regularmente– en nuestras sociedades. Es posible considerar que el cuerpo no se expresa en palabras; que muchas de las manifestaciones de experiencia del y desde el cuerpo, no sólo contradigan lo que se dice discursivamente, sino que muchas de ellas sean inefables e imperceptibles en principio.

De cualquier manera, considero que las manifestaciones corporales de la experiencia de la vida tienden a exteriorizarse siempre. Constantemente nos llevan a situarnos en el entorno de cierto modo. Cualquier emoción y la

significación que se entrelaza con ella nos hacen situarnos exteriormente. En este terreno, es posible considerar que la experiencia corporal es siempre evidencia de nuestra experiencia y un modo particular de hacernos y hacerle patente a otros nuestra condición existencial.

Sin embargo, esta experiencia íntima que se exterioriza, que se hace evidencia, no se desprende nunca de los imperativos que el mundo en que se vive nos va planteando mediante los arreglos sociales en que participamos y, más veces de las que quisiera, nos tienen sometidos.

¿Cómo se elabora la encarnación del ser así en un mundo que nos plantea como imperativos el estar en constante cambio; de ser ‘originales y auténticos’; en el que la intimidad es espectáculo que nos hace presentes a los demás con nuestra ordinariedad; del consumo como medio sin igual para ‘hacernos de lo necesario’?

Dos asuntos he abierto en este apartado que tienen que ver con la interrogante planteada. Uno tiene que ver con la posibilidad de entender el ‘lenguaje’ del cuerpo que es parte constitutiva de la vida. Otro tiene que ver con la relación entre la experiencia íntima de base corporal y los imperativos del tiempo que se vive socialmente.

Respecto de esto último, creo que resulta imprescindible explorar comprensivamente la relación entre la experiencia íntima, de base subjetiva e inevitable arraigo corporal, respecto del ser así que las personas, y las urgencias de su expresividad, buscan dotar de exterioridad y la explosión de la intimidad como espectáculo y su conversión en mercancía propias del mundo contemporáneo. Además, un terreno por andar respecto de esta relación, es el grado de subversión de las tradiciones sociales respecto del lugar del cuerpo en la experiencia de existir que, potencialmente por lo menos, contienen las actuales y acaso inéditas maneras de situar el cuerpo en la experiencia integral de vivir hoy.

La intimidad como espectáculo, es un fenómeno que tiene que ver con la explosión de lo que Sibilia llama la democracia digital (2008) y que pone ante nosotros una cada vez más extendida creación de páginas personales en la red donde se exponen, se exhiben, las ordinariedades y las imágenes personales más

cotidianas, que puede entenderse como una ‘repentina exaltación de lo banal’. Pero esta instalación en la red de este espectáculo, quizá sólo es una muestra de algo que ya estaba en marcha y que las nuevas posibilidades tecnológicas nos ponen frente a la cara de una manera desnuda, la prioridad de lo íntimo en la consolidación del sentido de la existencia en sentido contrario a lo que los años anteriores nos planteaban como definición del ser así: el cumplimiento del rol función correspondiente. El mundo del consumo nos exige que ‘libremente’ nos constituyamos en alguien con sentido a través de lo que consumimos. En ambos casos, el cuerpo moderno, el de la intimidad y el del consumo, es dimensión en la experiencia contemporánea de ‘saberse vivo’. Sin embargo la experiencia corporal no puede reducirse a estos procesos.

Cuando experimentamos la vida, sea cual sea esa experiencia, resulta impensable realizarlo sin cuerpo. Aunque eso no quiere decir que comprendamos con claridad la participación y la expresión corporal, ni siquiera que la percibamos cabalmente. Pero no hay ser así sin complicidad corporal

Andar por la hierba tomado de la mano de alguien –de *tu* mano–, sentir la tibiaza que resulta del contacto; disfrutar del crujir de las hojas tan auditiva y sensualmente, contiene sentido de vida totalmente corporal porque es totalmente subjetivo, significativo en y a partir de los mismos cinco sentidos que *empíricamente* (me) conectan al mundo de la existencia. ‘Sentir’ que el corazón se agita ante la miseria que se vive; que se suda frío cuando aparecen los ‘malos’ en la vida de uno; derramar algunas lágrimas por la desdicha de otros, son evidencias de un ser así desde la pura intimidad. Pero no sólo eso. Andar de *tu* mano, sudar frío ante los malos que aparecen, el agitarse del corazón, vienen aparejados de tonos musculares, de ritmos de respiración, de cierto fluir de sangre: de toda una experiencia de vivir conmovedoramente corporal. ¿Qué pasa con eso en la continuidad de la vida?, ¿qué hacemos con ello en la inmediatez de los acontecimientos?, ¿cómo se vuelve elemento constitutivo del sentido de la vida?

Incluir los entendimientos que el cuerpo genera inefablemente; advertir las señales que desde él nos advierten de rumbos que toma nuestra existencia; sabernos originalmente corporeidad, me parece sigue siendo una asignatura

pendiente en este mundo de transformación incesante. Si bien he señalado que hoy el estatuto del cuerpo es inigualable con el de otras épocas, y que está tomando un lugar prioritario en la experiencia del vivir, considero que aún nos hace falta generar maneras de vivir nuestra corporeidad plenamente, que a mi entender supone crear una nueva relación con esa dimensión corporal que nos constituye y que hoy, ante nuestras urgencias de identidad y autenticidad, lo han convertido en motivo de mercadeo y control ante nuestro desconocimiento del cuerpo como encarnación del proceso creador del sentido de existencia

Hoy, también respecto del cuerpo y la creación del sentido de la vida, como planteaba Walter Benjamin recordado por Paula Sibilia, resulta impostergable dirigirse “al contemporáneo desnudo, acostado como un recién nacido en los pañales sucios de nuestra época” (2008, p. 314).

Referencias bibliográficas

- Bauman Z. (2004) ***La sociedad sitiada.*** Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2005) ***Vida Líquida.*** Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Sibila P. (2008) ***La intimidad como espectáculo.*** Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Garzón B. M. (2002) ***Romper con los dioses.*** México: Editorial Torres Asociados.
- Giddens A. (1996) ***La transformación de la intimidad.*** Madrid: Cátedra.